



El de la vista gorda

Autor: Leandro

Yo tengo una cicatriz en el entrecejo, él tiene la misma cicatriz, yo tengo las cejas grandes, él también, yo tengo la nariz larga, él la tiene igual de larga, yo tengo un ojo medio bizco, el bizquea del mismo ojo, yo tengo un tatuaje en el cuello, él lleva el mismo tatuaje, yo me llamo Benito, y él, como yo, también se llama Benito. Pero ese Benito se diferencia de mí en una cosa, una muy importante, y por la que, si pudiera, me cambiaría por él. Ese Benito sabe bailar salsa, y este Benito, tieso como un palo de escoba, no podía coordinar dos pasos.

A ese Benito lo conocí en una estación del MIO, sin preámbulos siniestros ni misteriosa expectación. Estaba sentado a mi lado, y casi como si quisiera copiarme, miraba también el celular, y miraba lo mismo –TikTok– y parecía que se esforzaba en pasar de video cuando yo lo hacía. Llevaba mi ropa, olía como yo, y cuando nos miramos, porque no podía ser de otro modo, fingió sorprenderse con un gesto idéntico al mío. No me asusté porque en mi situación para qué. Después de tantas noches sin dormir le pregunté lo que se debe preguntar:

- ¿Estoy soñando?
- No –me contestó, y sonrió con amabilidad.
- ¿Entonces? –apagué el celular, él también.
- ¿Entonces qué? –me devolvió la pregunta.
- ¿Qué hacemos?
- No sé.
- ¿Yo soy el de verdad, cierto?

Una señora, alertada por el tono de la conversación, levantó la mirada desde el puesto de atrás, estirando el cuello. El otro Benito rio.

- No sé –fue su respuesta, y también se convirtió en la mía.

Fuimos a mi casa. Primero pasé yo, y detrás de mí, fingiendo haber tropezado, él. Mamá, pensando que necesitaba algo, se dirigió a él como si fuera yo:

- ¿Pasó algo, papí?

Biblioteca epm[®]





Hice un esfuerzo sobrehumano por aguantar la risa. Benito, de espaldas a mí, también se dobló un poco, tapándose la boca. Subimos a mi habitación. Allí, tirados en la cama, mirando mis afiches de Jennifer Lawrence, tuvimos una larga conversación, y luego de mucho deliberar, llegamos a unos acuerdos, muy justos en mi opinión. Yo no haría preguntas de más, y él, para ayudarme con un problemita, me daría clases de salsa.

Al otro día fue al trabajo en mi lugar. Allí conoció a Felipe, mi mejor amigo, a Don Julio, mi jefe, y a Sofía, la sobrina suya que, antes de volver al negocio familiar – una tienda de espejos– había participado y ganado algunos concursos de salsa. Venía con una sonrisa de oreja a oreja y, a pesar de ser yo mismo, no pude evitar sentir algo de celos.

–¿Qué te pareció? –Le pregunté.

–Hermosísima, y súper sencilla –le brillaban los ojos, lo cual me hacía sentir alagado porque así debían de verse los míos.

–El trabajo...

–Ah, bien, suave.

Hablamos del trabajo, de Felipe, de Don Julio, y sobre todo, quizá demasiado para mí, de Sofía. No tardó en adivinar los motivos, ocultos hasta entonces, de que yo quisiera aprender a bailar. No estaba en los acuerdos, pero me sentí obligado a ponerlo sobre la mesa: Sofía es mía, él si quería que se buscara la suya. *¿Y si nos confunde?* Preguntó. Eso dependía de nuestra moral, o para mejor decir, de la suya, en la cual –como enfatiqué– confiaba plenamente. Su reacción fue reír, algo frecuente en él, quizá el único rasgo que lo distinguía de mí.

Al día siguiente fui yo, y así, día tras día, nos fuimos turnando. Él, más extrovertido, se encargó de los primeros lances, y yo, avisado por él de los progresos, me entrenaba en defender el terreno ganado. A las dos semanas, luego de habernos hecho amigos, por fin la invitamos a salir. El de la idea fue él, a mí no me convencía: no tenía dinero y, conociéndome, la podía cagar. Benito, buen consejero, me dio el valor que me faltaba, y también el dinero, aunque no sé de dónde lo sacó. Fuimos a comer un heladito a Popsy.

–¿Qué sabor te gusta? –Le pregunté a Sofía.

Biblioteca epm[®]





Ella paseó la mirada por el mostrador una y otra vez, indecisa, y los de atrás, molestos de esperar, empezaron a murmurar entre dientes. Benito, oculto bajo unas gafas, un saco holgado y una gorra, más parecido a un ladrón que a un doble, nos vigilaba desde una mesa cercana, de donde vendría si me acobardaba o, en el peor de los casos, cometía una imprudencia. Al fin Sofía se decidió por uno de Cherrymania y yo, más tradicional, me pedí uno de Chocolate Belga.

Hasta aquí todo iba bien, hablábamos, reíamos a veces, y de cuando en cuando, con discreción, intercambiábamos miradas que, para un enamorado como yo, bien podrían ser significativas. Pero se me ocurrió hablar del trabajo, específicamente de Don Julio, y todo se fue a la mierda. Sofia empezó a callar, a esquivar mis ojos, a mirar el celular, y lo peor, a preguntarme la hora, como si quisiera hacerme pensar en algún pendiente. Benito me reemplazó, y aunque me lo explicó varias veces, no sé cómo le hizo para salir bien librado. La siguiente cita fue concertada y llevada a término por él. Ya era momento de empezar con las clases.

-¿Qué sabes? -Me preguntó, recostado de medio lado en *mi* cama, como lo hacía yo. Las coincidencias nunca dejaron de parecerme deliberadas.

-Nada

-¿Nadita nadita?

-Nadita -y enfaticé moviendo la cabeza de lado a lado

Practicamos los pasos básicos, primero a los lados y luego hacia adelante y hacia atrás, siempre con cuidado de no hacer mucho ruido. Ahí creo que me destaque, al menos lo suficiente como para defenderme por mí mismo. Sin embargo, Benito insistía, e insistió hasta el último día, en que soltara los hombros y moviera las caderas, que a veces tomaba él mismo con sus propias manos para sacudirlas, frustrado, a ver si les contagiaba algo de movimiento. En las vueltas nunca nos entendimos, ni me entendí con nadie después. Siempre perdía el paso. Ahora solo me quedaba invitarla a bailar.

-Debés hacerlo vos -me dijo Benito.

-No, no me sale.

-¿Y entonces después? ¿Qué pasa si dice que sí? No me digás que también tengo que ir yo.

-Pues podés estar por ahí...

-¿Y si te copea? ¿Hago yo de novio?

Biblioteca epm[®]





Ese mismo día se lo propuse, y Sofía, radiante de felicidad, primero me dijo sí con la sonrisa y luego con la voz. Su tío, con quien vivía, receló al momento de darle el permiso, pero después de mucho insistir, quizá movido por mi aspecto de palurdo, accedió.

–¿Y a dónde vamos? –preguntó.

–A Mala Maña –ya lo tenía planeado.

Benito, que no quería ir, aceptó cuando me ofrecí a pagar su entrada. Iríamos el sábado, y como le prometí al viejo, debía recoger a Sofía en la casa, y en la casa dejarla cuando saliéramos, *no antes de las dos*, según advirtió. Benito llegaría en Uber, antes que nosotros para no llamar la atención y para hacerse con un buen lugar.

Condujimos desde los Cámbulos, donde vivía Sofía, hasta Mala Maña. Hicimos una fila de varios minutos antes de entrar. Al fondo estaba Benito, junto a la barra, de cara a la salida. Un par de lentes protegían su identidad, pues el ambiente propiciaba el camuflaje. Bailé algunas canciones con Sofía, y ella, como profesional que era, lideró el paso. Tuvimos dificultades con algunas vueltas, pero nada que una risita nerviosa no pudiera arreglar.

Más que bailar bebimos, y de todo. Primero algunas cervezas –yo las gasté– y luego, avanzada la noche, cuando nos hizo falta algo más fuerte, ron. Sofía pagó la botella, a pesar de que intenté disuadirla, aunque sin demasiada convicción para ser honesto. Benito también bebía lo suyo, a su ritmo, y de cuando en cuando me parecía verlo intercambiar miradas con una mesa distinta a la nuestra.

Para cuando fueron las dos, hora de volver a casa, ya no podíamos levantarnos de la silla, y si lo hacíamos, motivados por alguna buena canción, tropezábamos con todo, empezando por nuestros propios pies. En un momento de la noche le perdí la pista a Benito, que tal vez se fue cuando vio asegurado mi éxito. Como no podíamos comportarnos, un amable guarda de seguridad nos invitó a salir. Afuera, con el frío de la noche, el alcohol nos acabó de explotar en la cabeza. Acompañé a Sofía a vomitar en un basurero, cerca de unos puestos de hamburguesas, y cuál no sería mi sorpresa cuando en uno de ellos, sentado junto a otra Sofía –pero sobria– encontré a mi Benito, que me miró a los ojos y, como si yo no fuera su doble, se hizo el de la vista gorda.

Biblioteca epm[®]

